

Falla: hay que morir para vencer

A propósito de este título, recuerdo un sucedido entre un ilustre y famoso maestro, y un compositor novel, el cual constantemente le suplicaba, (con ocasión de unos conciertos que aquél dirigió al frente de la Orquesta Sinfónica) que incluyera una obra suya en alguno de los programas. El Maestro, cuya apariencia externa era de hombre hosco y huraño, pero que en realidad era ocurrente, rápido, ágil y sumamente ameno y genial en su conversación, ante una de aquellas apremiantes instancias del futuro Beethoven, le contestó: «Muérase V., y entonces hablaremos». Esto, que a simple vista es una salida de humor, desgraciadamente es una verdad hartamente demostrada.

En efecto. El hombre que pretenda consciente o inconscientemente, que su trabajo, sus anhelos, sus virtudes, en fin todo el bagaje que puede honrarle, salga a la luz pública, ¡no tiene más remedio que morir! Una vez efectuado este pequeño, pero indeclinable requisito, todos los adjetivos que significan alabanza y encumbramiento del talento, la honra y todas las más brillantes virtudes humanas, no bastan para expresar el torrente y aluvión de extremos que se harán en su honor. Harto elocuentes son los ejemplos que nos brinda la historia, para que nos cause extrañeza su frecuente repetición. Todos los siglos han contemplado indiferentemente el paso de sus genios.

De no existir una Reina de tan altas virtudes y entereza como Isabel de Castilla, el gran acontecimiento histórico del descubrimiento de América, hubiera tal vez tomado otros rumbos y derroteros, en menoscabo de nuestra grandeza; pero nada impidió que Colón volviera cargado de cadenas con el consiguiente oprobio.

Tampoco sintió sonrojo aquella sociedad que permitía que el forjador de las *disparatadas verdades* del Ingenioso Hidalgo y la gruesa, pero certera *filosofía refranesca San chopancista*, ganara el sustento como un vil currinche cualquiera; aunque después, pero después de muertos, les hayan elevado a las inmarcesibles cumbres de la gloria.

El caso del Maestro Falla, yo por mi parte lo considero digno de nuestra atención. Aparentemente, su extraordinario valor le ha

sido reconocido en vida; pero nada más que aparentemente, y digo esto, por que creo que ni ha sido comprendido en toda la plenitud y con la claridad que su obra merece, y mucho menos admirado en la extensión que de esta previa comprensión se deduce.

Digo ni comprendido ni admirado, aunque si bien es verdad hay una especie de admiración, que no necesita de la comprensión analítica. Esta admiración, es la natural y primitiva reacción del hombre en su estado más rudimentario, ante la belleza de las cosas que provienen directamente de Dios, desprovistas en absoluto de todo adorno artificioso. Esta especie de admiración si la ha tenido, pero como consecuencia del natural instinto del hombre, que sin prejuicio alguno se siente atraído y subyugado ante el encanto de las imágenes sonoras, que solas y por sí mismas tienen una auténtica valoración en la escala de la belleza; y estas imágenes son las canciones populares y muy especialmente las Canciones Andaluzas, que son en definitiva las *criaturas procedentes de Dios* y a las que el Maestro con infinito amor y cuidado ha ido vistiendo y adornando, elevándolas a un rango de la más alta dignidad artística.

He aquí, pues, la maravillosa obra del Maestro Falla, su indiscutible valor y el mérito que le hace acreedor a ocupar el puesto preeminente que le corresponde, por que no es bastante que conozcamos a la criatura en su absoluta y cruda desnudez, aunque sea perfecta como una escultura griega. La vida entre semejantes exige cubrir las carnes con burdos paños o delicadas y suaves sedas. Es el ropaje austero y áspero unas veces y sutil y delicioso otras, el que bien dispuesto y proporcionado presta realce, encanto y dignidad a la natural hermosura.

Este es, pues, el mérito indiscutible (vuelvo a repetir) del Maestro. Su predilección verdaderamente amorosa por los temas auténticamente españoles, y en su región más característica, en donde el Cielo y el Sol son más celeste y luminoso, y la enorme fortuna de su propia materia gris empleada en los ricos y espléndidos vestidos para cubrir el ser primitivo y rudimentario de los mismos.

Bien es verdad que su producción no es muy abundante, pero la calidad es insuperable. Como un nuevo Pígmalión enamorado de su propia obra, absorto ha contemplado la auténtica verdad de sus imágenes sonoras, y cuyas imágenes serán para la posteridad, como sustanciosos proverbios cervantinos (en un mundo musical),

unos con la galanura y estilo de finos y sutiles contornos del loco del Toboso, y otros con el sabor tosco y cazarro, pero no menos agudo de su voluminoso escudero.

No es ocasión de cansaros con un minucioso exámen analítico de sus obras desde el punto de vista técnico-musical, pero demos por sentado de una manera rotunda, que es perfecto en todas y cada una de sus partes. La armonización en todos momentos es francamente genial, y lo mismo hay que decir de la distribución orquestal. Con estos elementos Falla ha dicho siempre con su música, lo que pretendía decir. La atmósfera de misteriosas supersticiones, encantos y sortilegios que son como la sombra fatal y ascentral de los gitanos; está plenamente conseguida en el Amor Brujo. La socarronería donosa y jocunda del tío Lucas y la bravía estampa de la señá Frasquita en el gracioso y aleccionador suceso del Corregidor y la Molinera, está trazado con líneas y perfiles de absoluta compenetración con la esencia de la graciosísima y amena obra de Pedro Antonio Alarcón, el ambiente saturado de deliciosos y embriagadores perfumes de las Noches en los Jardines de España, con cuyo hechizo y recordando un felicísimo pensamiento poético de Villaespesa, *fúndese la música y fúndense las almas, que en sutiles hilos tejidos con besos engarzan las más bellas ilusiones*; y la fina y deliciosa página de humor con que nos pinta la truculenta farsa del cautiverio de Melisondra en el castillo del feroz moro con la llegada del enamorado D. Gaiferos y el descomunal zafarrancho de D. Quijote, el paladín de las eternas verdades, aunque un maese Pedro cualquiera se empeñe en hacerle ver que todo es fingido y compuesto por puro entretenimiento. Este es Falla. También como un nuevo D. Quijote, el paladín de la eterna verdad musical española, que rompe sus lanzas para vengar agravios y enderezar entuertos y proclamar y hacer proclamar a los cuatro vientos, que a su Dama, a su Dulcinea no hay quien supere en gracia, donaire, gentileza, bondad y hermosura, y esa dama tan preciosa de sus sueños, es la Canción Española, y más concretamente la canción que brota bajo el Cielo más azul de todos los cielos, y se funde al calor del Sol más radiante y esplendoroso de todos los soles.

Grande y elocuente lección la del Maestro Falla para los detractores del Canto Andaluz; para aquellos que se sorprenden y maravillan, poniendo un gesto de estupor y extrañeza, ante el hecho de que a un músico gusten y deleiten estos cantos que bro-

tan de lo más profundo del alma. Es innegable que a estos cantos les son nocivas las circunstancias de lugar e interpretantes, cuando este lugar es la sórdida atmósfera de la taberna, y el intérprete, el flamenco de gesto soez y avinagrado; pero oídos a plena luz en la inmensidad de la Naturaleza, y a la criatura serena y sin más compañía que sus propios pensamientos y sus íntimos pesares, y decidme entonces si el músico y el no músico no se siente atraído y prendido en las redes de su singular encanto. De mí sé decir que uno de los más gratos y deliciosos ratos que he pasado en esta incomparable Córdoba, fué un día que recorrí varias de sus calles tras una reata de borricos y en que a lomos del delantero cantaba ageno a la atención que yo le prestaba, un piconero de no más de quince años, y no menos de un centímetro de tizne en sus menaguadas ropas, en sus manos, en sus cabellos bravíos y tiesos como púas, y en su cara risueña y rebosante de simpatía y serena ingenuidad.

Pero ha sido preciso que el Maestro rinda como buen vasallo el tributo de su vida, para que hoy todos, absolutamente todos, volquemos el recipiente donde se guarda el caudal de las alabanzas para estas ocasiones. Cádiz y Granada se disputan en loable anhelo el derecho a guardar en su seno el tesoro de sus restos mortales; bajo los auspicios del Maestro Guerrero se prepara un homenaje nacional. Todo esto es magnífico y honra a esas ciudades y al popular Maestro, pero y antes...?

Fuerza es confesarlo. Como un genio, no ha tenido más remedio que morir para vencer con su incomparable Arte y elevarse a las cumbres de la gloria, volviendo a recordar la eterna paradoja de que: *Muriendo se alcanza la Inmortalidad.*

Dámaso Torres.